

La diplomacia, un activo estratégico para España

En un momento de incertidumbre global, proyectar una imagen de país fiable y plenamente integrado en el marco de la cooperación internacional no es solo una cuestión de política exterior, sino también de futuro para nuestras empresas y para el conjunto de la sociedad

La política exterior de un país no puede construirse sobre impulsos ni sobre gestos que puedan interpretarse como confrontación innecesaria. La diplomacia exige prudencia, inteligencia estratégica y un profundo sentido de Estado, especialmente en un contexto internacional cada vez más complejo e incierto.

En este terreno, el tono y las formas no son un elemento menor. Forman parte esencial de la propia diplomacia. Las relaciones entre países se sostienen sobre equilibrios delicados, sobre el respeto institucional y sobre la capacidad de mantener abiertos los canales de diálogo incluso en momentos de discrepancia. Preservar ese cli-

ma de interlocución es siempre la mejor garantía para defender los intereses nacionales.

España no es una potencia aislada ni puede permitirse actuar como si lo fuera. Nuestra posición en el mundo, nuestra seguridad, nuestra prosperidad económica y la estabilidad de nuestras empresas dependen en gran medida de nuestra plena integración en el bloque de democracias occidentales. Esa ha sido durante décadas una de las bases de nuestra política exterior y también uno de los pilares de nuestro crecimiento económico, de nuestra credibilidad internacional y de nuestra capacidad de influencia.

Defender posiciones propias es legítimo y necesario en cualquier democracia, pero hacerlo desde la responsabilidad y el respeto entre aliados es fundamental para preservar relaciones estratégicas que resultan clave para cualquier país.

La política exterior no es un espacio para la confrontación política interna. Cada declaración, cada gesto y cada posicionamiento internacional tiene consecuencias reales. Cuando las relaciones entre

países atraviesan momentos de tensión, quienes primero perciben sus efectos son las empresas que operan en mercados internacionales, los sectores exportadores y, en última instancia, los trabajadores y ciudadanos que dependen de esa actividad económica.

España es una economía profundamente abierta al exterior. Miles de empresas españolas desarrollan su actividad en mercados internacionales y mantienen relaciones comerciales e inversoras con socios estratégicos. La estabilidad de esas relaciones y la confianza mutua entre países constituyen un activo fundamental para la competitividad de nuestra economía. Por eso resulta especialmente importante preservar una diplomacia sólida, discreta y orientada a la defensa de los intereses estratégicos del país. La reputación internacional se construye a lo largo de muchos años, sobre la base de la confianza, la previsibilidad y la capacidad de diálogo entre aliados.

España necesita seguir proyectando una imagen de país fiable, comprometido con sus socios y plenamente integrado en el marco de cooperación internacional que ha contribuido de manera decisiva a su progreso económico y estabilidad institucional.

En un momento de incertidumbre global, reforzar esa posición desde la prudencia diplo-

«Defender posiciones propias es legítimo, pero hacerlo desde la responsabilidad y el respeto entre aliados es fundamental para preservar relaciones estratégicas»

mática no es solo una cuestión de política exterior. Es también una cuestión de interés económico y de futuro para nuestras empresas y para el conjunto de la sociedad.

Jorge Villarroya Greschuhna es presidente de Cámara Zaragoza